

La nieta de la Maharani

Maha Akhtar

Traducción de Enrique Alda

Rocaeditorial

Título original: *The Maharani's Hidden Granddaughter*
© 2008, Kimberly Maha Akhtar

Primera edición: marzo de 2009

© de la traducción: Enrique Alda
© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S. L.
Marquès de la Argentera, 17, Pral.
08003 Barcelona
www.rocaeditorial.com
info@rocaeditorial.com

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Bien entrada la noche, yo seguía en las oficinas de la CBS. Sujetaba el teléfono entre el hombro y la cabeza mientras esperaba a hablar con la señora Julia Callaghan, encargada del registro civil de Sydney.

—¿Señorita Akhtar?

—¿Sí? —contesté.

—Lo siento, señorita Akhtar —dijo la voz con marcado acento australiano de Julia Callaghan—, pero me temo que no existe ningún documento que certifique su nacimiento en Sydney.

—¿Qué? —pregunté sin poder creer lo que acababa de oír—. ¿Cómo es posible?

Mi madre me había contado siempre que había nacido en el Hospital Saint Margaret de Sydney. De hecho, de niña me encantaba escuchar la historia de cuando mi madre estaba en un cóctel con mi padre, con un vestido de color verde esmeralda y amarillo, y se dio cuenta de que había roto aguas y de que se ponía de parto. «Y entonces naciste tú, *beti*», me decía Zahra mientras yo sonreía abrazada a mi osito, con los ojos medio cerrados por el sueño. «¿Te dolió, *umma*?», le preguntaba cada vez que oía esa historia. «Nada, hija mía —me tranquilizaba—. Tu parto fue el más fácil del mundo.»

—Hemos agotado todas las posibilidades —continuó diciendo Julia Callaghan—. Como sabe, llevamos seis meses con este caso y siento tener que comunicarle que hemos llegado a un callejón sin salida. No podemos probar que haya nacido en Sydney. De hecho, debería decir que en ningún lugar de Nueva Gales del Sur.

—¿No hay forma de volver a comprobarlo con el apellido de soltera de mi madre? —supliqué.

—Lo hemos revisado todo, con el apellido de casada de su madre y con el de soltera, y puedo afirmarle que no dio a luz en Australia en 1965.

—Puede que haya alguna errata en la inscripción o algún error en la fecha...

—Señorita Akhtar, sé que es una situación desagradable para usted, pero le aseguro que he cotejado más de una vez la información que me proporcionó sobre su madre y que he estudiado la década de 1960 a 1970 minuciosamente.

—¿Podría hablar con alguna otra persona? —insistí.

—Me temo que soy la única que puede ayudarla. La verdad es que no disponemos de demasiado personal y he trabajado a conciencia en su caso. Si se lo paso a mi superior, éste se limitará a devolvérmelo —explicó Julia Callaghan con amabilidad.

4 —Me resulta difícil creer que no pueda hacer nada más —repliqué poco dispuesta a rendirme—. En algún sitio he tenido que nacer. No puedo haber aparecido de la nada, a menos que lo mío haya sido una nueva versión de la Inmaculada Concepción.

—Señorita Akhtar, quizá debería hablar con su madre. Siento tener que decírselo, pero ¿ha pensado alguna vez en la posibilidad de haber sido adoptada? —planteó Julia Callaghan con delicadeza.

—¿Adoptada? ¿Yo? ¿Y por qué no me lo habría dicho nadie?

—Señorita Akhtar, no me cabe duda de que hay una explicación lógica para su situación. Estoy segura de que si habla con su madre...

—No puedo —susurré.

«¡Dios mío! —pensé—. Seguramente se estará preguntando por qué no hablo con mi madre en vez de pasar por todo esto.» Pero ¿cómo iba a hablarle de la tensa y turbulenta relación que manteníamos? ¿Cómo iba a contarle que no podía imaginarme teniendo una conversación de más de dos frases con ella? Julia Callaghan no sabía que estaba en el lecho de

muerte. ¿Cómo iba a confesarle que ese año su vida se había derrumbado?

Se produjo un silencio.

—Muchas gracias por todos sus esfuerzos. De verdad, se lo agradezco mucho. Siento haberla presionado tanto.

—No se preocupe, señorita Akhtar. Yo también siento no haber podido ayudarla más. Mucha suerte. Manténgame informada de lo que averigüe. Tengo mucha curiosidad por su caso —aseguró Julia Callaghan.

—Sí, claro. Le enviaré un correo electrónico.

Colgué el teléfono y miré el reloj. Eran las diez y media de la noche. Abrí la puerta y me encontré al portero limpiando.

—¿Todavía está aquí, señorita? —me preguntó.

—Sí, Hector —contesté con una sonrisa distraída.

—No debería quedarse hasta tan tarde. Es mejor estar en casa con la familia —me aconsejó.

«¿Qué familia? —pensé—. Acaban de decirme que no existo.»

Asentí, me puse el abrigo y cogí el bolso. Afuera hacía frío, era víspera del día de Acción de Gracias. «¿Y ahora qué?», me dije mientras un viento helado me golpeaba en la calle 57 de Manhattan.

5

Al final, tras más de seis meses, doscientas cuarenta y dos cartas, sesenta y cinco correos electrónicos e innumerables llamadas telefónicas a medianoche, volví a casa una fría noche de noviembre después de enterarme de que no había nacido en Australia. Tenía una desagradable sensación en la boca del estómago y la cabeza me iba a toda velocidad intentando encontrar una explicación. «¡Santo cielo! —pensé mientras paraba un taxi que acababa de entrar en la calle—. ¿Qué está pasando? ¿Por qué no hay ningún registro de mi nacimiento? ¡Es absurdo! ¿Por qué iba a decirme *umma* que había nacido en Australia si no era verdad? Y si no nací allí, ¿por qué tuve un pasaporte australiano cuando era niña?». Estaba segura de que algo muy raro estaba pasando, pero no conseguía atar cabos.

—¿Va a decirme dónde vamos, señorita? —preguntó el taxista mientras nos dirigíamos hacia el este por la 57.

Estaba tan absorta en mis pensamientos que había olvidado darle la dirección.

—¡Perdón! —exclamé mirando rápidamente por la ventanilla para saber dónde estábamos, en ese momento pasábamos por delante de Tiffany's, en la Quinta Avenida—. A la 93 con Lex, por favor.

En cuanto entré en casa, *Dougall* reclamó mi atención con sus saltos, me hizo sonreír y consiguió distraer mi mente del rompecabezas que intentaba resolver.

Me senté frente al televisor con una copa de vino, y el perro se tumbó en su sofá preferido. Recordé mi séptimo cumpleaños, fue el día en que mi madre me compró un par de *ghungroos* y consintió en satisfacer mi pasión por el *kathak*, la danza clásica india. «¡Chalo, Maha!», me gritó al pie de la escalera el día que me llevó a Kathak Kendra, la mejor escuela de danza india de Delhi, para hacer una prueba ante el pandit Krishna Maharaj. «¡Cuánto camino recorrido! —pensé—. Del *kathak* al flamenco, de Delhi a Nueva York, de Karim Al-Mansour a Duncan Macaulay. ¡Caray!, hacía mil años que no me acordaba de Karim.» Aquellos días parecían pertenecer a otros tiempos y, a medida que recordaba, uno de ellos, cuando tenía quince años, se impuso con fuerza sobre los demás.

«Intento reírme de ello
disimularlo con mentiras
lo intento
y me río
mientras oculto las lágrimas
porque los chicos no lloran
los chicos no lloran.»

La voz de Robert Smith, cantante de The Cure, atronaba en mis auriculares mientras yo repetía la letra de la canción cambiando la palabra «chicos» por «chicas».

—Las chicas no lloran, las chicas no lloran.

Tenía quince años y estaba en mi habitación, en la casa de

Londres de tía Hafsa. Tumbada en la cama, escuchaba música en un *walkman*, el pequeño magnetofón con auriculares que acababa de salir al mercado. Le había suplicado a mi tía que me comprara uno y ésta, complaciente, había acabado por ceder y me lo había regalado por mi cumpleaños.

Como era obvio, no oí que llamaban a la puerta y me sobresalté al notar una mano en el hombro. Era mi madre, Zahra.

—¿Qué quieres?

—Maha, he llamado y...

—¿Por qué has entrado así?

—*Beti*, he llamado, pero no me has oído.

—Claro, tengo el *walkman* puesto.

—¿Qué es eso? ¿Por qué lo llaman así?

—Si alguna vez te enteraras de algo, lo sabrías.

Me daba perfecta cuenta de que mi madre estaba desesperada porque la dejara entrar en mi vida, pero había decidido no hacerlo. Zahra estaba convencida de que si dejaba pasar el tiempo repararía el daño que me había causado siete años atrás, un día que nunca podré olvidar. Mis padres me hicieron creer que nos íbamos a Londres de vacaciones y, sin ni siquiera avisarme, me dejaron en la Bedales School, un internado para niñas. Mientras lloraba, herida y asustada, ellos regresaron a Karachi. Por lo que a mí se refería, mi madre, la única persona en la que había confiado, me había traicionado. Y en aquel momento decidí no perdonarla nunca.

—¿Qué quieres? ¿Por qué has venido a Londres?

—El director del Gulf Bank ha organizado una cena esta noche. Tu padre trabaja para ellos y es importante que acudamos.

—Estupendo, venís para una cena, pero no tenéis tiempo para verme bailar en Delhi...

—Eso no es justo, Maha. Ya sabes que siempre le hemos ocultado a tu padre que bailas. ¿Cómo iba a pedirle que fuéramos a verte?

—Por si lo has olvidado, madre, te recuerdo que llevo tres años actuando y no entiendo por qué no has venido a verme, sin él me refiero. No me importa que no venga, pero tú po-

drías haberlo hecho si hubieras querido. Karachi no está tan lejos de Delhi.

—Ya conoces a tu padre, jamás me dejaría ir sola. Puede que cuando nos mudemos a Kuwait...

—Pues va siendo hora de que le pierdas el miedo y te enfrentes a él. Siempre te está diciendo que eres tonta e ignorante. ¿Por qué no le pagas con la misma moneda? Estamos en 1980 no en 1880. Si realmente quisieras venir a verme bailar, encontrarías la forma de hacerlo.

Zahra suspiró resignada.

—Te prometo que un día iré.

—¡Ja! En mi próxima reencarnación. He visto cómo te arrodillas delante de él para cortarle las uñas de las manos y de los pies. ¡Qué asco! ¿Cómo puedes humillarte tanto? Y mientras tanto él ahí, sentado sobre la toalla como si fuera el rey del mundo. Te trata como a una esclava.

Zahra no hizo caso a mi diatriba.

8 —Maha, tu padre quiere que vengas con nosotros a la cena de esta noche.

—¿Qué? —pregunté sorprendida quitándome los auriculares—. ¿Para qué demonios quiere que vaya?

—Quiere presentarnos a su nuevo jefe.

—¿Por qué? ¿Por qué tengo que conocerlo?

—Porque el jeque Ibrahim Al-Mansour quiere vernos a todos.

—No lo entiendo. ¿Un árabe gordo quiere conocer a toda la familia Akhtar? ¡Estupendo! ¡Fantástico!

—¡Maha, por favor! ¡Un poco de respeto! ¡Ya sé que no lo tienes, pero al menos, disimula!

—¿Respeto a quién? ¿A él? ¿Al árabe gordo para el que trabaja?

—Quiero que estés lista a las siete.

—¡Ni hablar! ¡No pienso ir! Me voy al cine a ver la última película de *La Guerra de las Galaxias*.

—¡Ya basta! Lo quieras o no, sigo siendo tu madre. Al cine puedes ir otro día, esta noche vamos a ir a cenar a casa del jeque Ibrahim Al-Mansour.

—¿Y Jehan? ¿También va?

—Tu hermana no se encuentra bien —mintió Zahra.

—¿Y qué le pasa a la pobrecita? ¿Se ha roto una uña?

—Maha... Quiero que estés lista a las siete —dijo Zahra mientras se dirigía a la puerta. Antes de salir se dio la vuelta—. Y, por favor, ponte un vestido y péinate.

Le saqué la lengua cuando se alejaba y volví a ponerme los auriculares.

Boys Don't Cry estaba acabando, el siguiente tema era *Killing an Arab*. Me hizo gracia la coincidencia.

Cuando acabó la canción miré el reloj. Era mediodía. «Tengo tiempo. Queréis que vaya a una cena sin decirme por qué, excepto que se trata de un asunto familiar en el que mi hermana no va a estar presente... ¡Ja! ¡Os vais a enterar!» Me puse una cazadora vaquera y cogí el metro hasta King's Road.

A las siete menos cuarto alguien llamó a la puerta de mi habitación.

—¿Dónde estás, Maha? —Era la voz de mi tía Hafsah.

—En el baño, voy enseguida.

Un minuto después, cuando salí, mi tía se quedó tan pasmada con mi aspecto que fue incapaz de articular palabra. 9

En King's Road me había cortado mi larga melena castaña oscura al estilo de Robert Smith, el cantante de The Cure. Llevaba un peinado tipo mohawk tan cardado que parecía un nido de pájaro. Me había perfilado los ojos con un lápiz de color negro hasta parecer un mapache y me había pintado los labios con carmín rojo sangre. Llevaba puesta una *abaya* de Hafsah tipo caftán, larga y negra.

—¿Qué tal estoy, tía? ¿Te parezco lo suficientemente presentable para una cena familiar en casa del jeque Ibrahim Al-Mansour?

—Ven al cuarto de baño, ahora mismo —me ordenó Hafsah con voz amenazadoramente baja.

—Pero tía, ¿no tengo aspecto de buena chica musulmana? Si hasta me he puesto uno de tus caftanes.

Hafsah me cogió del brazo y me arrastró hasta el cuarto de baño. Teníamos exactamente seis minutos antes de que aparecieran mis padres.

—Límpiate ese maquillaje —me conminó.

Mientras lo hacía, buscó otro caftán en el armario de su cuarto. Cuando volvió al baño, mis ojos seguían teniendo restos de pintura y mis labios todavía estaban demasiado rojos.

—Vuelve a lavarte la cara con aceite de oliva.

—¿Qué?

—¡Haz lo que te digo!

El maquillaje desapareció por completo y mi piel volvió a estar limpia y radiante. El aceite había conseguido que hasta me brillaran las largas pestañas negras.

Sonó el timbre.

—¡Que Alá nos ayude! —exclamó Hafsah mientras me metía la cabeza bajo el grifo para quitar la laca y la gomina.

—Ya hablaremos de esto mañana. Ahora te peinas y te pones un pañuelo de gasa en la cabeza.

—¡Ni hablar! —protesté.

—Ya lo creo que lo harás, o te daré una paliza que no olvidarás. Y me da igual lo que diga tu padre.

10 Hafsah se vertió un poco de aceite de oliva en las manos y lo aplicó en mi pelo aún mojado. Me secó la cabeza con una toalla, me peinó la melena hacia atrás y me puso una goma. Me recogió los mechones que caían sobre la cara, me colocó un pañuelo negro en la cabeza sin apretarlo y lo sujetó al caftán.

A las siete y cinco, mi tía y yo bajamos al salón, donde mi tío Farhan había recibido a mis padres.

—¡Maha, estás preciosa! —exclamó Zahra aliviada.

No dije nada, ni tampoco mi padre, y todos se levantaron para marcharnos.

Mi padre, Anwar Akhtar, mi madre y yo llegamos a las siete y media en punto a la casa en Mayfair del jeque Ibrahim Al-Mansour, jefe de Anwar.

—¡Buenas tardes, Anwar! Bienvenido a nuestro hogar —lo saludó al tiempo que le daba un abrazo y le besaba en las mejillas—. Ésta debe de ser tu esposa.

—Sí, es Zahra, mi mujer.

Zahra sonrió educadamente al jeque.

—Y ésta es mi hija de quince años, Maha.

—Alá te ha bendecido con una hermosa mujer y una hermosa hija.

Miré al resto de invitados que había en la casa. Todos iban muy arreglados, en especial las mujeres. La mayoría de los hombres eran árabes y vestían el *thawb* tradicional, una camisa larga de algodón, bajo el *bisht*, una especie de túnica, y un sencillo tocado blanco o *keffiyeh* sujeto con un *agal*, un cordel de color negro. Sabía de qué país provenían las mujeres sólo con ver sus vestidos. Las que llevaban ropa europea eran libanesas, las que iban cubiertas de pies a cabeza eran saudíes y las mujeres de la región del golfo de Oriente Medio vestían más o menos como yo, excepto que bajo los largos y negros caftanes seguro que llevaban ropa y lencería de Chanel, Dior o Givenchy.

Sirvieron las bebidas en un amplio salón de techo alto exageradamente recargado, una auténtica cacofonía de dorados, sedas y brocados. Las mujeres estaban en un extremo de la habitación y los hombres en el otro. Me senté al lado de mi madre, con un vaso de zumo de granada. Estaba callada y sombría, perdida en mis cosas. Cuando algunas de las mujeres intentaron hablar conmigo, me limité a sonreír y a bajar la vista. Enseguida empezaron a cuchichear sobre lo perfecta que sería como esposa de sus hijos.

11

No me fijé en el grupo de hombres que formaba un corro alrededor de mi padre y del jeque Ibrahim Al-Mansour, y que hablaban entusiasmados mientras me dirigían alguna mirada furtiva, ni tampoco presté atención a que mi madre hacía lo propio con ellos. Antes de cenar, Anwar hizo un gesto para que Zahra y yo nos reuniéramos con él, el jeque y otros tres hombres en un saloncito anexo.

—Maha, éstos son mis hijos Karim, Abdullah y Muhammad —dijo el jeque.

Los miré directamente a los ojos y, cuando estaba a punto de acercarme para estrecharles la mano, mi madre me sujetó por el hombro y me retuvo con firmeza.

—Quédate aquí conmigo y compórtate, por favor. Hazme caso esta vez —me susurró Zahra.

La miré extrañada, pero obedecí. Me hubiese gustado preguntarle por qué nos habían elegido para esa íntima reunión masculina cuando en la habitación de al lado había más de cincuenta personas.

—Bueno, Anwar, ¿te parece bien que tomemos una copa aquí antes de cenar? —preguntó el jeque.

—Por supuesto, señor —contestó éste servilmente.

Zahra y Khadija, esposa del jeque, que acababa de entrar, estaban sentadas en un sofá, mientras que Anwar y el jeque lo estaban en otro, Abdullah y Muhammad en un tercero, y Karim y yo en un cuarto. Todos los presentes nos lanzaban subrepticias miradas.

Cuando Anwar y el jeque empezaron a discutir de negocios, Zahra trabó una conversación trivial con Khadija. Para entonces, Abdullah y Muhammad me miraban sin ningún pudor.

Decidí romper mi silencio.

—Así pues, Karim... Te llamas Karim, ¿verdad?

—Sí.

—¿A qué te dedicas?

—Soy el primogénito.

—¿Y eso qué significa?

12 Karim me miró sin entender.

—Te lo preguntaré de otra forma, ¿qué supone ser el primogénito?

—Quiere decir que puedo hacer lo que quiera.

—¿Vas a la universidad?

—Bueno, mi padre quería que fuera a Oxford o a Cambridge, pero era muy difícil entrar.

—¿Y qué hiciste al acabar el colegio?

—Seguir a mi padre a todas partes.

—¿Vas a ser banquero como él?

—No creo. Mi padre es el presidente del banco porque mi tío es el emir de Kuwait.

—Ya veo.

No tenía nada más que hablar con Karim Al-Mansour. No cabía duda de que era un diletante desprovisto de aspiraciones, capacidad o deseo de conseguir algo por sí mismo. Por suerte, no tenía necesidad de hacerlo, formaba parte de la familia que gobernaba uno de los países petrolíferos más ricos del golfo de Arabia.

Lo miré con mayor detenimiento. «¡Jesús! ¡Es feo hasta

decir basta!» Era bajo, gordo, llevaba gafas de culo de vaso y tenía dientes prominentes. No podía verle el pelo porque lo llevaba tapado con un *keffiyeh* blanco. Al igual que la mayoría de hombres árabes, lucía barba y bigote.

Intenté iniciar una conversación de nuevo.

—¿Qué haces en tu tiempo libre, Karim? ¿Te gusta leer? ¿Viajar?

—Sí, me gusta mucho viajar. Me parece muy interesante lo de ir a otros países y ciudades.

«Por fin», pensé.

—Y cuando vas a esos países, ¿te gusta conocer su historia, su idioma y su cultura?

—Sí, claro, me encanta ir a los mejores hoteles y de compras —no dije nada—. De los idiomas no tengo que preocuparme, siempre viajo con un intérprete.

Para el resto de las personas que había en la habitación, parecíamos llevarnos muy bien. Yo estaba sentada en el borde del sofá y era la viva imagen de una chica musulmana bien educada, mientras que Karim estaba recostado, seguro de sí mismo, con las piernas cruzadas, una mano en el respaldo y otra en el brazo del sofá. No dejaba de mirarme. Por el contrario, yo hacía todo lo posible por evitar que nuestras miradas se cruzasen, me parecía repulsivo. En vez de ello, tenía la vista puesta en mis manos cruzadas.

Me esforcé cuanto pude en comportarme de manera civilizada con Karim, ajena a las decisiones que se estaban tomando acerca de mi futuro.

—Es muy guapa —dijo la madre de Karim a Zahra.

—Gracias, Khadija —contestó ésta mirándome—. Sí, está saliendo bastante bien de esa etapa tan extraña.

—Me gusta que se vista a la manera tradicional. En los tiempos que corren hay demasiadas chicas árabes que insisten en vestirse según la moda occidental. Tienes suerte de que se sienta apegada a sus raíces culturales. ¿Es religiosa?

—Creo que el ramadán ha sido muy duro para ella porque ha estado interna en un colegio, pero siempre celebramos juntas el *Eid-ul-Fitr* y el *Eid-ul-Adha*.

—¿Ha hecho el *Haj*?

—Todavía no, pero hace unos años, de vuelta a casa desde Delhi, nos detuvimos en Yeddah porque yo quería hacer la *Umrah*, y ella me acompañó.

—Buena chica —dijo Khadija sonriendo de forma aprobatoria.

Zahra miró a su marido, que seguía hablando con el jeque. Éste asentía y al mismo tiempo se acariciaba la barba sin apartar la vista de mí.

—Bueno, Anwar, tienes una hija encantadora. Será una estupenda primera esposa para mi hijo. Parece sana y lo suficientemente fuerte como para tener muchos hijos.

—Jeque Ibrahim, le aseguro que no encontrará a nadie como Maha. Hará muy feliz a su hijo.

14 «¡Cielos! —pensé—. ¡Vaya lío con Karim y su familia! Era tan joven y tan rebelde. No tenía ni idea de nada, aunque creía saberlo todo. Me pregunto qué habría pensado si alguien me hubiese dicho entonces que trabajaría con The Cure o que me convertiría en una de las chicas Rather. O lo que habría contestado si alguien me hubiera asegurado que rompería con las tradiciones de mi familia, resuelta a hacer lo que me dictaba el corazón, mi destino.»

Cuando desperté de mi ensueño eran las cuatro de la mañana. *Dougall* me miró con cara somnolienta.

—¿Qué hago? —le pregunté antes de coger el teléfono—. Tía Hafsah, tengo que hablar con mi madre. ¿Cuándo puedo ir a Beirut.

Hafsah hizo todo lo posible por retrasar aquel viaje y tardé varias semanas en llegar a Beirut.

Finalmente, fui a Beirut para ver a mi madre antes de las fiestas de Navidad y pasé allí casi seis semanas. A mediados de enero regresé a Nueva York. El viaje había resultado ser un auténtico varapalo emocional. Sentía que todo aquello me superaba, me venía demasiado grande. No dejaba de pensar en el momento en el que le había preguntado a mi madre dónde

había nacido y había obtenido mucho más que una simple respuesta.

—*Umma*, tengo que preguntarte algo. Es muy importante. —Zahra cerró los ojos—. Quiero saber dónde nací.

Zahra me miró sin responder.

Cogí su frágil mano y me la acerqué a la cara.

—Maha, Anwar Akhtar no es tu verdadero padre. Y no naciste en Sydney, sino en esta cama. Tu padre era el maharajakumar Ajit Singh de Kapurthala. Su padre era el maharajá Jagatjit Singh, cuya cuarta esposa, la madre de Ajit, era una mujer sencilla que se llamaba Anita Delgado. Era malagueña, bailaora de flamenco.